

se desengaña, ó nosotros, por un quitáme allá esas pajas, nos estropeamos á garrotazos en un portal; y la discordia, que volvió en cenizas los soberbios muros de Ilión, nos conduce al hospicio, ó nos reduce á la sopa de un convento.

»Pero en el *hic et nunc*, en que tímidos y vacilantes juzgábamos irremediable nuestra desgracia; cuando circuídos de horrores y faltos de consejo, hallábamos caliginoso pavor, y palpábamos atezadas lobregueces, *ecce Corinna venit, ecce*, benigna rutilante estrella que aparece á nuestra vista para serenar tan deshechas tempestades. Asturias va á tener un príncipe, la nación le jurará sucesor al trono de su padre, Madrid previene regocijos, ésta es precisamente la época de nuestra gloria, el feliz instante de nuestra resurrección.

»Queremos cantar, sí, señor; queremos cantar como si empezáramos de nuevo; queremos aplaudir la jura del príncipe D. Fernando con la misma gracia con que desempeñamos los asuntos anteriores; queremos celebrar las felices invenciones en los adornos de la carrera; y no ha de haber espejo ni pedazo de holandilla sobre que no arrojenos décimas y octavas como el puño. Volvemos á extasiarnos y á dormirnos, y cruzarán por esos aires á media noche al son de los chirrires de la limpieza, tantas ninfas, tantas matronas alegóricas, tanta hermosa visión, desprendida del Olimpo á nuestras guardillas, para mandarnos escribir cantos heroicos y romanzones, que será una confusión.

»¿Y los toros? ¡Oh, mi Dios! ¡los toros! ¡Qué de conceptos hemos prevenido para la fiesta! ¡Qué ocurrencias exquisitas estamos almacenando para los caballeros que se caigan, para los que no se caigan, para los que corran y para los que no puedan correr! ¡Y qué de cosas tenemos discurredas para las lunadas fieras, y qué lindas comparaciones, en que saldrán á lucirlo los toros de Coleos, los toros de Guisando, los toros del Sol, el toro de Creta, el toro de Eálaris, el toro de san Marcos, el toro de Europa, y el toro pater!

»Queremos, pues, con motivo tan plausible, fatigar las prensas; no ha de haber poste, ni esquínazo, ni guardarruedas, ni registro de cañería, ni bola de puente que no engrudemos de alto á bajo con cartelones inarrancables y eternos, llenos de letras gordas y provocativas; ni habrá diario, ni gaceta, ni biblioteca mensual que no salga atiborrada de nuestras obras. Pero ¡ay cirreo número! ¡ay reverendo citarista fulgido! ¡Cómo nos ilude con halagüeñas imposibilidades el deseo!

»¿Qué haremos desamparados é inermes contra la osadía de tantos críticos, que acaso estarán ya aguardando nuestras producciones, *producti in actu*, para despedazarlas con viperino diente? Aquí, *hic jacet*, aquí se necesita todo vuestro favor, ¡oh deidad erinada y arcitenente! Aquí imploramos toda vuestra beneficencia para podernos llamar verdaderamente afortunados, *fortunam Priami cantabo*, que dijo el mitólogo.

«Ni es imposible, señor, ni temeraria la pretensión que nos ha conducido á vuestro portal augusto; antes en su pequeñez hemos fundado la confianza de conseguirla. Mis compañeros y yo no deseamos otra cosa sino que vuestra rubicunda celsitud nos dé una patente firmada y sellada según estilo, en la cual se exprese que nuestras obritas, las ya publicadas, y las que vamos á publicar, de las cuales y de sus autores han dicho y dirán los envidiosos críticos tantas perrerías, son elegantes, doctísimas, incomparables, y de aquí arriba lo que pareciese conveniente añadir en su elogio. Diréis, además, que nosotros los que tales obritas hicimos y haremos, no somos poetillas huecos, tragosos ridículos, ni cuervos raucos; sino filomenas dulcisonas y sirenas machos, que con vuestro influjo y aprobación hemos cantado, cantamos y cantaremos hasta soltar la piel. Diréis que para que la nación acabe de iluminarse es necesario que el ramo de literatura se estanque como los naipes y el aguardiente, siendo nosotros los administradores que podamos impunemente dar lecciones al público, ya en papellitos sueltos, ya en tomos de tres puentes, ya de viva voz en las tabernas honradas de la corte, en sus librerías y concurrencias, ó ya remitiendo nuestros áureos dramas al gran teatro. Diréis que en materias de buen gusto, de lógica, de erudición, de racionalidad, de talento, nadie chiste contra nosotros, nadie nos inquiete; advirtiéndole que de hoy en adelante á todo crítico se le llamará envidioso, á toda

prueba calumnia, á toda censura libelo, y á todo raciocinio personalidad é insulto. Y que, por último, vuestra luminosidad muy resplandeciente amonesta, y en caso necesario manda y condena á todo erudito que sepa deletrear, á que luego que los carteles, los ciegos y la trompa de la fama anuncien la irrupción poly-metri-encomiástica que tenemos prevenida á la jura del nuevo príncipe, acudan á las librerías acostumbradas, y cada cual se provea á lo menos de un ejemplar de cada obrita, para que por este medio, al paso que ellos se orientan y se instruyen, podamos nosotros subvenir á nuestras urgentes necesidades.

«Tal es, señor, nuestra pretensión: que con este deseo abandonamos nuestros tugurios, y esta mañana entre diez y once nos hallamos á la falda de ese bifronte cerro: comenzamos á gatear con harta fatiga por escabrosidades y derrumbaderos inicuos; pero apenas hubimos salido de los pasos más peligrosos, cuando hallamos nuevas dificultades. En una floresta sombría que el Abril pavimentó de colores alegres, donde batiendo lascivo el céfiro las alas sutiles ungidas en aromas índicos... pero en vuestro ceño, radiante númen, advierto no sé qué displicencia que me obliga á omitir la pintura de las flores, los favonios, las avecillas canoras y los arroyuelos: sigo, pues, adelante.

«En esta, como dije, deliciosa mansión de Flora descubrimos un edificio, del cual salieron al acercarnos seis ó siete hombres no

nada inermes, y mucho menos que nada tácticos y tranquilos; comenzaron con grandes ululatos á decir que nos detuviéramos. Hicimoslo así; nos preguntaron ¿quienes éramos y á qué veníamos? respondimos á todo; y sacando el que parecía jefe de los demás un volúmen membranáceo, leyó en él no sé que índices ó apuntaciones, y al acabar nos dió por respuesta, ¡oh respuesta amarga, más que las adelfas y el absintio pónico! nos respondió que nosotros no estábamos reconocidos por sonoros elocuentes vates, sino por copleros adocenados y misérrimos; que nuestras obras se habían examinado en el Parnaso, y que todas ellas estaban destinadas al quemadero; que Apolo nos había maldecido solemnemente en pleno consistorio hasta unas cuatro docenas de veces; y que sería ofenderle el dar un solo paso adelante.

»Esto nos dijo Luzán, que así parece que se llamaba: si fué lacrimable y acerba esta noticia para nosotros, consideradlo, reluciente farol del día, consideradlo mientras lo restante patentizo.

»Replicámosle, como era de razón; sacamos para su desengaño nuestros manuscritos; no quiso verlos, y tapándose á toda prisa las narices, gritaba que nos fuésemos inmediatamente. Representamos humildes; negóse discolo; y encendido en cólera fulminó dieterios y amenazas. Ya era justísima la vindicta; arremetimos intrépidos; dimos con él en tierra; acudieron gentes en su ayuda; trabóse bélica perfia, y fluctuamos en

incierto Marte, que el cielo declaró por nosotros el honor triunfal, *io triumpho*, quedando en el campo casi difunto el jefe, y los demás de sus atrevidos secuaces ó contusionados, ó vulnerados ó mútilos.

»Seguimos adelante; y, si bien advertimos que nuestra victoria había alarmado todos estos horizontes, fiados en la benevolencia vuestra proseguimos deambulando impertérritos hasta llegar á las puertas de este eminente alcázar, que naciendo laberinto de piedra, se eleva portento, y nube desaparece.

»Quisieron estorbar el ingreso cuadrupedantes turmas; pero fué vana su pretensión; llegamos á los umbrales venerandos, que saludamos humildes, y al pisar los atrios magníficos, vimos unidas pedestres haces que comenzaron á disputarnos el paso. Quisimos manifestar nuestra inocuidad, nuestro mérito y el motivo que nos traía, pero interrumpiendo gárrulos el apologético discurso, fundularon sobre nuestras vértices pondero-as lapides, á cuya ruptura hostil siguió el combate más desesperado y sangriento.

»Ya comenzaban por todas partes la viperrina Aleto, la atroz Megera, la letífera Tesfona á esparcir terrores bélicos, á exasperar truculentos ánimos. Ululando tétricos los opuestos milites, daban al bóreas fragoso estrépito, que en cavernas lóbregas, Eco llorosa y húmida, dolorosa y confusamente repercutía. El numen belígero, abrazando el égida sobre cruento plaustro, vagaba ira-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

31942

cundo fatigando los ejes fervidos, y agitando flagelífero cuadriga indómita. No de otra manera fulgurando el éter, se precipita rápido...

—«Calla, calla, maldita criatura, dijo Apolo; calla, y no abuses más de mi paciencia; vete, y di á esos hombres que huyan presto, que se oculten en donde yo jamás los vea, si no quieren que en un sólo momento los aniquile. ¡Ellos creerse poetas, llamarse doctos, é insultar de esa manera á los verdaderamente sabios, á su nación y á mí, que los he despreciado siempre por no destruirlos!

»¿Qué enjambre es éste de copleros y charlatanes que inunda vuestra península? ¿Qué enjambre pestilencial que por todas partes se derrama y cunde? ¿Y en dónde están aquellos pocos que deberían oponer sus doctas obras al torrente desatado de tanto papel ridículo que dictó la envidia, la demencia, ó el interés abatido y sórdido? ¿En dónde están?

»Cierto es que en todos los países, á la sombra de los grandes ingenios, bulle un número infinito de autores pedantes, serviles imitadores, cuyas obras nacen, mueren y se olvidan en pocos momentos: este daño es inevitable, y aun conveniente en la república de las letras, si, á beneficio de la general libertad, unos y otros emplean todo su esfuerzo animados de los dos grandes estímulos que mueven al hombre: el premio decoroso y el aplauso. Entonces los talentos sublimes se levantan sobre los demás, y uno, uno sólo basta para hacer gloriosa á la nación que le produjo.

»Pero ¿qué especie de fatalidad domina hoy en la literatura española? ¿Por qué los que debían escribir callan cuando los que aun no saben leer escriben? Qué, ¿tan grande será la tiranía de la ignorancia, tan común será ya la superfluidad y el pedantismo, que no se atrevan los que lloran en silencio esta general corrupción, á declamar altamente contra ella? ¿Se verá siempre salir de las escuelas esa juventud determinada, que habiendo recibido apenas unas ideas escasas de buen gusto y sana doctrina, no hallando proporción para seguir una de las carreras en que el mérito se corona, y desdiciendo los ejercicios útiles, se abandona, instigada de la necesidad, á tratar materias científicas que enteramente desconoce?

»¿Vacilaréis siempre ante las contradicciones más absurdas, queriendo sostener por una parte que la cultura nacional nada necesita mendigar de los extranjeros, probándolo con sofismas y comparaciones injustas, y sacando consecuencias nacidas de la más crasa ignorancia, ó de la más frenética parcialidad; cuando por otra parte no hay apenas libro inútil, dañoso ó ridículo en las otras lenguas que no traduzcáis á la vuestra, dejando en su original las obras útiles que no os atrevéis á tocar, porque habéis reducido todas las ciencias á una superficie engañosa, sin profundidad ni solidez?

»Y ¿qué traducciones! hechas casi todas sin conocimiento de la materia que en ellas se trata, sin poseer bastantemente ninguno de los dos idiomas, y en donde se ve estro-

peada hasta el exceso el habla castellana, enervando su robustez, y afeando con aliños que no la pertenecen su gracia y hermosura natural!

¿Llegará el día en que se aprenda por principios? ¿en que se estudien los grandes modelos de la antigüedad? ¿en que sepáis conocer los que dejaron los autores de vuestro siglo de oro? ¿aquellos que trayendo entre los despojos de las conquistas las ciencias y las artes que hallaron florecientes en la vencida Italia, las cultivaron después en su país, haciendo gloriosa entre las demás por su sabiduría á aquella misma nación que dió leyes al mundo por su política y sus victorias?

»Entonces no se instrúan los españoles en compendios y polianteas; no era tan universal su literatura, porque era menos pedantesca, menos frívola; los grandes hombres que ha producido España, entonces los produjo. las obras de mérito que tiene la nación, entonces se escribieron; estudiadlas.

»Su lectura os dará á conocer cuáles fueron los principios de la renovación de las letras en España, cuáles las causas de su esplendor y las de su decadencia: veréis también lo que debéis tomar necesariamente de los extranjeros, y lo que tenéis en vuestro suelo digno de imitarse con incesante afán.

»Sí, de imitarse; porque sería indecoroso además, y fuera de propósito, que el obstinado empeño de adquirir todos los conocimientos científicos en los autores de otras

naciones, hiciese olvidar á los de la vuestra el estudio de los buenos originales que en algún tiempo ha producido; sería indecoroso á un escritor, á un orador ó á un poeta carecer de las prendas de estilo, lenguaje, versificación é inteligencia del genio y costumbres dominantes en su patria, en la cual y para la cual escribe; y estas prendas (tan difíciles de poseer unidas con otras, como necesarias) ni en los escritores franceses, ni en los de Italia, ni en los de la antigua Roma, ni en los de Grecia pueden adquirirse.

»Entonces se extinguirá, quizás, aquel espíritu de partido tan funesto á la sabiduría como á las costumbres; aquel espíritu de partido que hace creer á algunos que nada hay bueno en su nación, admirando con vergonzosa ignorancia cuanto fuera de ella se produce, y á otros, por el extremo opuesto, los empeña en defensas absurdas cuando se trata de manifestar con rectitud y desinterés el mérito de estas ó aquellas obras. Defensas que casi siempre son malas, porque todo se quiere defender en ellas; porque falta inteligencia, gusto, y sobre todo exactitud y buena fe en los que las hacen. Defensas en que los hechos se confunden, las épocas se alteran, se arrastran ó se fingen á placer las autoridades; el mérito se abulta ó se deprime, según al autor le conviene para sus ideas; se callan ó ciegamente se disculpan unos defectos, y se exageran otros; se comparan los objetos más discordes entre sí, y repitiendo muchas veces el nombre santo del patriotismo, la ignorancia y la parcialidad

hacen aparecer como excelente lo menos digno, y el vulgo de los necios aplaude.

»Tal es el medio que algunos eligen para evitar los tiros de la sátira y la calumnia, que siempre amenazan al que no sabe halagar los errores de su nación; pero el verdadero patriotismo, virtud privativa de las almas grandes, no dicta á un escritor ingenuo tales artificios; la verdad, por más que se presente desaliñada y adusta, la verdad es el lenguaje de un buen ciudadano; y el que no la lleva en la boca, como la concibe en el entendimiento, es indigno de vivir entre los hombres.

»Por estos principios conoceréis cuán despreciables han sido vuestras fatigas, y cuánto os habéis apartado de la verdad cuando más habéis querido demostrarla; veréis también que no son doctos, ni jamás han merecido el nombre de tales, los que uniendo ideas inconexas, especies vagas, ratiocinios mal entendidos ó mal aplicados, abultan obrillas fútiles, no sólo dañosas á quien las lea, porque en ellas malogra su tiempo, sino también porque excitando en el público el prurito de saber á poco trabajo, le apartan con tedio de los buenos libros en que se debiera instruir, propagándose por este medio la falsa sabiduría, más funesta mil veces que la total ignorancia.

»Cesará entonces esta guerra maldita que mantenéis unos con otros sobre la observancia del arte de las obras de ingenio; porque la razón sola os enseñará, que no es dado á la más fecunda fantasía hacer nada

perfecto, si las reglas, las abominadas reglas no la señalan los debidos límites; y que igualmente yerran los que gradúan el mérito de sus producciones por los defectos que evitan, y la escrupulosa nimiedad en la observancia de los preceptos, cuando falta en ellas la invención, el talento peculiar de cada género, y aquel fuego celestial que debe animarlas.

»Ilustrado el público por estas verdades irresistibles, sabrá aplaudir con más justicia el sólido mérito, y no llamará poetas á aquellos que, como vosotros, sin disposición natural para ello, sin arte, sin estudio, sin saber persuadir, sentir ni pintar, pasan los años haciendo coplas infelices, que ni instruyen, ni deleitan, ni puede excitar en cualquiera lector juicioso más que el desprecio, la compasión ó el asco.

»Y ¿son estos, son estos los que esperan mi aprobación para cantar con aullido disonante las felicidades de la nación española en la jura de su querido príncipe? Tan grande asunto, digno de mi cítara, digno de que todo el coro de las Musas le celebre, ¿habrá de caer en manos de esa turba infeliz? No, no lo pretendan; y si es la lealtad y el amor quien los estimula á hacerlo, unan sus votos á los de toda la monarquía. Rueguen al cielo que dilate y prospere la vida de Fernando, precioso vástago del ilustre tronco de Borbón, delicias de su madre augusta, sucesor digno de tantos héroes. Rueguen al cielo, que uniendo la piedad de su abuelo á la justicia, á la fortaleza, á la grande alma

de su generoso padre, aprenda á su lado el arte de hacer felices á los hombres, y reconozca por los altos ejemplos que de el recibia, que ni la majestad ni el cetro son comparables á la virtud, que ella sola es el apoyo firmísimo del trono, que ella sola hace á los reyes imágenes de la Divinidad en la tierra, que ella sola une en durables vínculos al vasallo con el monarca, y que sin ella los estados más poderosos se trastornan, se destruyen con ruina espantosa, y apenas dejan á la posteridad la memoria de que existieron. Rueguen al cielo, que al tiempo mismo que el jóven príncipe se instruya en la escuela del valor, la paz, la amiga paz le halague con ósculo dulce, y en torno le sigan las ciencias y las artes todas, que moderan la natural ferocidad del corazón humano, para que á su vista conozca cuánto es más dichosa una nación por ellas que por el temido honor de sus armas, por los estragos de sus victorias: mal necesario tal vez, y siempre funesto á los vencidos y á los vencedores. ¡Oh! ilustren tales máximas su ánimo real, para que el mundo goce lo que de él espera, cuando después de largos y felices días, pasando á sus manos el cetro español, vea dilatar el poder, la gloria, la beneficencia de tan digno príncipe aun más allá de los límites de su grande imperio.

»Estos son los deseos de la patria: tales son sus votos; y la dulce esperanza de que han de cumplirse es lo que hoy causa la mayor de sus alegrías; y no os pide en tal ocasión elogios insulsos ni versos ridículos

y despreciables; que para ser buenos ciudadanos no es menester ser malos poetas; pues si fuera posible celebrar dignamente á los semidiosos de la tierra, ingenios hay peregrinos que pudieran hacerlo, ingenios que yo conozo, que yo favorezco é inspiro; cuyas obras, no bien conocidas todavía en un país en que la frivolidad y el pedantismo insultan impunemente al verdadero mérito, triunfarán al fin de la envidia y las pequeñas pasiones que aspiran á obscurecerlas, y llevarán su nombre á la edad futura para honor inmortal de su nación y de su siglo.

»Pero ¡vosotros, y tú más que todos ellos odioso é insufrible, vosotros insultarme de esa manera!... Vete, y di á los tuyos que todo mi enojo, que todo mi poder amenaza su vida; que se retiren, y que si es posible emendar de algún modo los desaciertos que han cometido, solo será callando, y callando eternamente: que no menor reparación exigen su ignorancia, su locura y su atrevimiento. Llevadle».

No bien hubo dicho *llevadle*, cuando entre siete ú ocho cargaron con el desventurado tuerto, y le llevaron en volandas hasta unas barandillas que daban á la escalera principal; de allí le dejaron caer sobre los de abajo, y éstos, viéndole venir, se previnieron de suerte, que caer y empezar á voltear como una rehilandería entre aquella turba, todo fué á un tiempo. Era de ver cómo iba revoloteando por el aire de fila en fila, con tanta alegría y satisfacción de todo el concurso, que no se juzgaba feliz el que

no lograba asegurarle un pellizo, darle un capón ó asestarle un gargajazo. Con este obsequio se celebró la venida del culto; hasta que cansados de divertirse le tiraron al montón enemigo, con la misma facilidad y ligereza que si arrojaran una pelota.

Pero volvamos la mal tajada péñola á referir lo que Mercurio hizo, mientras duró la embajada. Parecióle conveniente no descuidarse ni fiar á la fortuna el éxito de aquella empresa; había llegado á entender, aunque confusamente, la pretensión estrafalaria de los filólogos; y conociendo que Apolo no podía concederles nada, pensó seriamente en hacer preparativos para la defensa, persuadido de que sólo á garrotazos se podría concluir tan enrevesado asunto.

Llamó á consejo á los poetas que imaginó más inteligentes y acostumbrados á tales peleonas; tratóse el caso con la madurez que requería, y se acordó, por último, que se hiciera provisión de armas ofensivas, acudiendo al repuesto de los malos libros, que estaban en las inmediaciones de la cocina, destinados á socarrar pollos y envolver especias, y que además se recogiesen cuantos trastos semovientes hubiera en la casa, y pudieran ser útiles para convertirlos en armas arrojadizas, ó en parapetos y trincheras.

Tratóse después del orden que se debía guardar en los ataques, y resolvieron que para lograr alguna ventaja era necesario salir de la escalera, obligando á los eruditos á que, dejando el portalón pasaran al patio,

creyendo todos que allí se les podría combatir más á placer, ya fuese en batalla campal, ó ya arrojando sobre ellos desde las ventanas que había alrededor cuanto pudiese ofenderlos y destruirlos.

Aprobado este plan, se dispuso que Garcilaso de la Vega, por estar herido Cervantes, mandase el ala derecha; la izquierda D. Diego de Mendoza; el centro D. Alonso de Ercilla, y el cuerpo de reserva, que debía acudir adonde la necesidad lo pidiese, se encargó al conde de Rebolledo, acompañado de Lope de Vega, Cristóbal de Virués y otros sujetos de acreditado valor y experiencia militar.

Después de ventilados estos puntos, se ocuparon en conducir hacia la escalera cuanto hallaron que podía ser útil para un caso de rompimiento; acudieron luego al repuesto de los malos libros, y llevaron infinitos volúmenes antiguos y modernos, que hasta entonces no habían servido de gloria á sus autores, ni de utilidad alguna al género humano, y en aquel día se hicieron apreciables; porque no hay duda en que un mal libro, por malo que sea, siempre sirve, y más si es de buen tomo, para descalabrar con él á cualquiera, cuando no hay á mano abundante provisión de cachiporras ó peladillas de Torote.

Hecho, pues, todo lo que va referido, sucedió la bajada y volteo del culterano; y conociendo Mercurio que era ya inevitable volver á la zurra, fué volando á decir á su hermano cuanto había dispuesto. Hallóle

que bajaba ya la escalera con ánimo de presentarse á los enemigos, creyendo que á sus razones y autoridad ni debían ni podían oponerse. Dudó mucho Mercurio si aquella cuadrilla desvergonzada guardaría respeto y moderación, hallándose ya obstinada en conseguir por fuerza lo que pretendía; pero hubo de ceder, mal de su grado, á las instancias de Apolo, y dejándole en la escalera, se remontó al techo para anunciar su venida.

A este tiempo empezó á notarse un rumor y conmoción general en el bando contrario, mal satisfecho del suceso que había tenido la erudita oración de su embajador; pero dando Mercurio un grande aullido desde allá arriba, les hizo callar y atender. Dijoles que Apolo iba á presentarse; que venerasen en él al grande hijo de Júpiter, y que pues se llamaban alumnos suyos, no le diesen enojo en cosa alguna, y adorasen humildes sus soberanos preceptos.

Apolo entonces, levantado en hombros de los más robustos, se dejó ver de aquella amotinada gente. Comenzó con semblante pacífico y agradable á persuadirlos que dejando las armas se volviesen á sus casas á cuidar de sus mujeres é hijos, si los tenían. Que no creyesen que la nación perdería nada perdiéndoles á ellos; pues no sólo la harían una gran merced en quemar todos sus papeles, y no volver á escribir jamás ni aun la cuenta de la ropa, sino que por otra parte, olvidando con un verdadero arrepentimiento las travesuras pasadas, podían de-

dicarse á varios ejercicios honestos, y adquirir por ellos una subsistencia segura, como buenos ciudadanos y gente de juicio. Dijoles también, que los hombres habían nacido para trabajar, y muy pocos entre ellos para saber; porque ciertamente aquellos pocos, siendo buenos, bastan para ilustrar á todos los demás con su sabiduría. Que esto de ser doctos no era cosa tan hacendera y trivial como se habían imaginado, pues cualquiera ciencia ó facultad necesita todo un hombre, toda una vida, y tal reunión de circunstancias, que rara vez llega á verificarse; y aun por eso, siendo tantos los que siguen la carrera de las letras, son tan pocos los que han llegado á poseerlas en grado sobresaliente, y á merecer el aprecio público por sus escritos. Que dejasen el encargo de sostener el honor de la literatura nacional á otros talentos muy superiores, sin comparación, á los suyos. Que abandonasen para siempre la negra erudición enciclopédica que tanto les había trastornado la racionalidad, y tan ridículo papel les había hecho hacer en estos últimos años á los ojos de la Europa culta; y que sobre todo, abjurasen de buena fe el error de haberse creído poetas. Que no envidiasen esta gloria á los que realmente lo son: gloria mezclada siempre de sinsabores los más amargos; gloria funesta, que casi nunca ha concedido el mundo á los que viviendo pudieran gozarla, porque la reserva el cruel para las cenizas de los que ya no existen.

Más iba á decirles; pero fueron tales los

berridos que resonaron en el zaguán, los gritos y amenazas, que Apolo, temiendo algún insulto de parte de aquel populacho feroz, se bajó á toda prisa del trono racional en que estaba encaramado, y comenzó á echar tacos y reniegos por aquella boca, que Dios nos libre.

Seguía entre tanto la gritería y tumulto de los enemigos, y el endiablado tuerto corría de un lado á otro atizando el fuego de la discordia, ponderando el mal tratamiento que Apolo le había hecho, y el poco aprecio que le merecían las doctas fatigas de tantos sabios: ellos, que no necesitaban espuelas, se enfurecieron de tal modo, que no es posible ponderar á qué extremo llegó entonces su frenesí. «No es ése, decían, no es ése Apolo: á ése no le conocemos, y estos son ardides de Mercurio, que piensa burlarse de nosotros tomándolo á fiesta y tararira; que venga el hijo de Latona, que venga; él nos conocerá y nosotros le adoraremos como hijos obedientes suyos.

— Medrados estamos, dijo Mercurio, con lo que nos salen ahora estos malditos. Si es imposible que no se hayan desatado del infierno para darnos guerra. ¿Se habrá visto tal invención? Pero yo les juró por la asquerosa Estigia que no se han de reir de mí: no, sino haceos de miel y paparos han moscas; para ellos no sirven razones; lo que no les duele, no les persuade; pues que la paguen, mal haya su casta, que la paguen, y acabemos de una vez con ellos».

Dicho esto, se metió entre los suyos; repi-

tió las órdenes; previno los acasos, y sin que diera la señal de combatir el estruendo de trompetas ni atambores, se comenzó la batalla, poniendo en uso los de Apolo las nuevas armas de que se habían prevenido.

Llovían librotos sobre los literatos intrusos, unos viejos, sucios y despilfarrados, y nuevecitos y en pasta, y en papel de Holanda, y con láminas y elogios ultramontanos, y notas y animadversiones. Esta descarga desordenó las primeras filas enemigas, no sin pérdida de sus gentes, pues aseguran algunos sujetos fidedignos, apoyados en relaciones auténticas, que pasaron de veinte los que cayeron derrengados, cinco tuertos, descalabrados nueve, y trece ó catorce contusionados ó aturdidos.

Con esta pérdida se notó algún desfallecimiento en aquellas tropas, y nuevo espíritu en los de Apolo, que no dudaban ya combatir cuerpo á cuerpo para concluir de una vez aquella empresa; bien que los jefes procuraban contenerlos, conociendo cuán cerca está de ser temeridad el valor, si la prudencia y el arte no le dirigen.

Pero á este tiempo ocurrió un accidente que puso á los de la escalera en grave peligro de perderse; porque acabada que fué la primera descarga, vieron venir de retorno por el aire el tenebroso *Macabeo de Silveira*, que arrojado de robusta mano parecía una bala de cañón según el ímpetu que traía; hirió de paso, aunque levemente, á Luis Barahona de Soto; y volviendo de rebote dió tal golpe en el pecho al tierno Garcilasg,

que sin ser poderoso á resistirle, cayó atur-
dido sobre las gradas, y tuvieron que reti-
rarle inmediatamente.

Lupercio de Argensola, que se hallaba cer-
ca, lleno de indignación y dolor por la des-
gracia de su dulce Laso, agarró seis ó siete
tomos que vió á sus pies, y con no vista
fuerza los lanzó al enemigo. No bien llega-
ron allá los *Comentarios de Góngora*, que esta
era la gracia de los tales volúmenes, cuando
se conoció el horrible estrago que habían he-
cho en el cuerno izquierdo de los contrarios;
lo que advertido por los de Apolo, se adelan-
taron algunos á querer seguir hacia aque-
lla parte la derrota; pero así que se alejaron
de los demás, se vieron rodeados de enemi-
gos y cortado el paso á la escalera: dieron
y recibieron golpes crueles, y con no poco
trabajo pudieron volverse á incorporar en
sus líneas, sufriendo mucho en la retirada,
que tuvo todas las apariencias de fuga.

Ercilla mandó á Cristóbal de Virués que
pasase á gobernar el ala derecha, y reme-
diando con prontitud el desórden, prosiguió
el combate. Mercurio, sostenido en sus bor-
ceguías, observaba desde allá arriba lo que
pasaba en ambos ejércitos; y vió que del
contrario se retiraban muchos hacia el patio
asaz dolientes y mal feridos; otros se ocupa-
ban en conducir á algunos á quienes ya se
les iba introduciendo la forma cadavérica
por las narices adelante; y otros muy dili-
gentes ejercitaban su caridad é inteligencia
médica en dar alivio á los lastimados. Lim-
piábanles las heridas, les apretaban los chi-

chones con cuartos segovianos, colocaban
por su orden los dientes y muelas que ha-
bían perdido su primer asiento, y usaban
varios remedios, ni muy costosos ni muy
eficaces, que se reducían á gran cantidad
de telas de araña, pegotes de lodo y de pan
mascado, yeso, tabaco, pedacitos de oblea,
saliva, orines y buenas razones.

Observando esto, partió hacia la escalera
para dar aviso y ordenar lo que convenía;
preguntó por su hermano, y le dijeron que
había desaparecido con las Musas y todas las
demás mujeres. Esta fuga dió que sospechar
á Mercurio; pero á breve rato quedó satisfe-
cho de la inocentísima conducta de Apolo;
porque uno de los poetas que había ido á
rebusca de libros vino diciendo que en la
cocina se estaba guisando una gran porción
de mistos, y que el dios imberbe tenía reco-
gidas tantas y tales armas, que si llegaba el
caso de poder encarrilar al patio á los pe-
dantes, era indubitable sus destrucción.

«Que me place, dijo Mercurio; y ahora
mismo se ha de hacer el último esfuerzo
para conseguirlo: Mendoza, que manda el
ala izquierda, sostenido por el conde de Re-
bolledo, avanzará á viva fuerza sobre la
opuesta de los enemigos á fin de amontonar-
los por aquella parte, y marchará en buen
órden siempre hacia el patio, describiendo
un cuarto de círculo, para que en llegándo-
los á sacar del portal, se les vuelva á pre-
sentar por frente toda la línea. Mientras esto
se verifica, el centro y el ala derecha se
matendrán sobre la defensiva, y avanzarán

ó se detendrán según vieren que el ala izquierda se detiene ó avanza.

Así se empezó á ejecutar, cargando Don Diego de Mendoza y Rebollo sobre la derecha de los enemigos, que los recibieron sin mostrar flaqueza ni temor; y como ya la refriega no era de burlillas, sino muy á toca ropa, no dejaron de padecer bastante algunos de los de Apolo. Bartolomé Leonardo cayó al suelo sin sentido de un golpe que le dieron con los *Reyes nuevos* del famoso Lozano; Quevedo, que aunque ya estaba herido quiso volver á hallarse en la lid, tuvo que retirarse más que de prisa con la cabeza llena de tolondrones, y un arañazo en el rostro que le hacía derramar no poca sangre; y el mismo Mendoza, aunque peleaba valerosamente, no dejaba de resentirse de un latigazo que le había sacudido en la pierna izquierda un poetilla ridículo, autor de siete comedias góticas, todas aplaudidas en el teatro, todas detestables á no poder más, y todas impresas por suscripción, con dedicatoria y prólogo.

Pero á pesar de estos accidentes inevitables, vió Mercurio la ventaja que llevaban los suyos; y pareciéndole ocasión, hizo una señal, que al observarla D. Alonso de Ercilla gritó en alta voz: «*Hijos, ya es tiempo; descarga, y al patio*».

Corrió la orden, y al repetir la línea «*descarga, y al patio*», comenzó á caer tal granizo de libros sobre los pedantes, que desde luego los menos locos reconocieron ser inevitable su ruina.

Y cómo la podrían evitar, si al rumor confuso de los alaridos, al estremecimiento horrible que causaba en los postes del portalón la batería incesante de libros, parecía que el palacio y el cielo mismo se desplomaban sobre aquella gente? Allí volaban á docenas, á cientos, enormes cuerpos de medicina bañados en sangre; allí las historias sacro-profanas de imágenes aparecidas; allí tomos gigantescos de filosofía, esparciendo el hedor del ya vacilante peripato, se rompían en el aire contra otros no menos disformes de sermonarios, crónicas de religiones, y disputas ridículas, en las que se veía embrollada hasta el último punto la más breve, la más clara, la más santa de todas las doctrinas, y unos y otros caían después con espantoso estruendo, aplastando cuanto debajo de sí encontraban; allí, entre los pesados ó indigestos genealogistas, cruzaban los comentadores, glosadores é intérpretes del derecho, con sus tratados, autoridades y escollos llenos de obscuridad y confusión babilónica; y allí, por último, salieron á volar las producciones del ingenio, las fatigas deliciosas de los humanistas y poetas. Las coplas del célebre *León Marchante*, dulce estudio de los barberos; las del cura de Fruime. Gerardo Lobo, la madre Ceo, Boscán y Garcilaso á lo divino, Jacinto Polo, Cáncer, Benegasí, Villamediana, Bocángel, Tafalla, Zavaleta, Montoro y Salas Barbadillo, con el *Arte de Gracián*, y las comedias, silvas y romances de Henríquez Gómez; allí el *Don Quijote* de Avellaneda hizo oficio de

bala, habiendo antes servido de pelota en los infiernos; y las comedias de Cervantes revoloteaban también con risa de su autor inmortal, y á pesar del erudito y agrio Nasarre. Siguiéron á éstas las de D. Tomás de Añorbe y Corregel, con su miserable *Paulino* entre ellas; las de Bazo, Cuadrado, Guerrero, Sedano, Ibáñez, y las de muchos de los que tan dignamente les han sucedido en el abasto del teatro. Pero luego cayeron sobre los enemigos con mayor violencia las dos *Carólas*, *Carlos famoso*, la *Hesperoïda*, las traducciones de *Ariosto*, el *Poema de San Rafael*, la *Mexicana* de Gabriel Laso, la *Conquista de Sevilla* en cuartetos, el *César africano*, la *Nueva Méjico* de Villagrán, la *Argentina de Centenera*, *Sagunto* y *Cartago*, el *Alfonso*, el *Nuevo Mundo*, la *Hermandad*, los *Amantes de Teruel* del insipidísimo Juan de Yagüe, y el más que todos ellos fastidioso poema de los *Interventores de las casas*; siguiendo á este turbión la espesa metralla de misceláneas, novelas, famas póstumas, justas poéticas, coronaciones, entradas, beatificaciones, loas, certámenes de escuela, autos sacramentales, autos al nacimiento, funerales, villancicos, metetes, follas, y una pestilente multitud de tonadillas modernas, bien frías, bien necias, bien escandalosas y despreciables.

No hubo resistencia: los eruditos huyeron al patio, no hallando salida por otra parte, y Mercurio, alegre en extremo de ver ya logradas sus ideas, comenzó á revolver sobre ellos como un milano hambriento

encima de la miserable turba de polluelos tímidos.

Parecióle ser ya tiempo oportuno de poner en práctica una picardía que tenía consultada con Apolo, y se había aprobado de común acuerdo; para lo cual, dirigiendo su discurso á los pedantes, que hallándose encerrados en el patio peleaban desesperados por salir de él, les dijo de esta manera:

«Señores eruditos, ya me parece que es tontería tanto chillar, tanto berrear, tanto embestirse, retirarse, dar y recibir gonzatas y mojicones, que hace dos horas largas de talle que estamos con esta misma canción, y hasta ahora nada bueno se ha conseguido. Yo no sé ciertamente dónde se habrá visto estarse aporreando de esa manera, sin qué ni para qué. ¡Y entre literatos! ¡entre humanistas! ¡entre poetas, gente de suyo muelle y regalona, y dada á la quietud y al regodeo! ¡Y por qué? Si fuera decir había motivos para ello, vaya en gracia; pero si todo el caso viene á reducirse á una friolera que no vale un pito; si el asunto no es más, según he llegado á entender, que venir á presentar un memorial, en que no se piden ningunos disparates, ¿quién se persuadirá que esto haya sido causa de tan furiosa tremolina? El daño estuvo, señores pretendientes, en que no habiendo querido vuesa mercedes enviar un diputado á mi hermano, para que en nombre de todos le dijese vuestra solicitud, me vi en la precisión de llevar el primero que me vino á las uñas; pero éste, por desgracia vuestra, nos salió tan

ruin criatura, tan presumido y fastidioso, que habiendo enojado á mi hermano, os le hubimos de volver de la manera que ya visteis.

»Yo, la verdad sea dicha, no gusto ni he gustado nunca de estas pelamelas, y mucho menos entre gentes de suposición y buena crianza; he hablado á Apolo, y convencido de mis razones á favor vuestro, dice que siempre que se le pidiera una cosa justa y con el buen modito que corresponde, no es ningún vinagre que se hubiera de negar á complaceros: así que, señores míos, lo que debéis hacer es esto, y sin tardanza, antes que mi hermano determine otra cosa. Escoged entre vosotros el más ducho, el más idóneo para el caso, un hombre bien nacido y de carácter, que no sea ningún chisgarabís, sino un erudito de representación, conocido ya de mi hermano por la excelencia de sus obras, que tenga en su favor el buen concepto de todos vosotros, y la general estimación del público. Este se encargará de vuestra presentación; y perdería yo una oreja, y aun las dos que tengo, si escogiéndole, y enviándole, y hablando él, y respondiéndole Apolo, no volviere muy presto con la noticia de haberos otorgado cuanto queráis pedirle. Y esto se hace con paz y quietud, como buenos hermanos, sin andarse en más puerca es ella, ni quién es él, ni primero soy yo, ni otras niñerías que en vez de adelantar algo, pondrán de peor condición el asunto; con que así, no hay sino hacer lo que os digo, y manos á la elección, que se pasa el tiempo».

Esta zalagarda surtió todo el efecto deseado; porque empezando á disputar entre ellos, quién debía ser el elegido, todos querían para sí aquel honor, repetían las palabras de Mercurio en que pedía un literato de representación, idóneo, bien nacido, estimado de los inteligentes. Y ¿quién era entre ellos el que no se juzgaba más idóneo, más ilustre, más benemérito que todos los otros juntos? De esta presunción nació su ruina. Empelasgáronse unos con otros; cada cual se alababa á sí propio con admirable satisfacción y engreimiento; oíanse pullas, y desvergüenzas, y dicterios sin número; salieron á plaza las faltas más ocultas, y últimamente, pasando la cólera de la lengua á los puños, comenzaron la más desesperada refriega que jamás se ha visto.

Allí se manifestó cuán poco duran unidos aquellos que amontona el delito ó el error, y que sólo entre los que siguen el recto camino, ya de la virtud, ya de la sabiduría, puede hallarse durable paz y amistad verdadera. Era de ver la obstinación con que peleaban: ni pensaban en otra cosa que en destruirse enteramente, por conservar cada cual la opinión de docto y único en su línea; y esto lo probaban con golpes crueles, tirándose al degüello, como gente desesperada que sólo aspira á morir matando.

Mercurio se descalzaba de risa al ver lo grada su maldita intención, y advirtiendo que Apolo con toda la gente de casa ocupaba ya las ventanas y galerías del patio, trató con él que se pusieran en uso las armas

prevenidas, para dar gloriosa cima y remato á aquella aventura.

Así se dispuso, y cuando todavía proseguían los literatos en hacerse añicos, comenzaron á bajar con ruido espantable infinitos muebles y utensilios que hicieron efectos de artillería, bombas y catapultas: tiraban los de arriba á los de abajo, para ponerlos en paz, mesas, fregaderos, cofres, tajos, sillas, barreños, armarios, platos, cantarillas, y todo género de vasijas: las Musas, las señoras Musas, llenas de colerilla y deseos de venganza, eran las más diligentes en procurar la destrucción de la infeliz gavilla de los autorcillos. Ellos, viendo encima de sí aquella tempestad, corrían desatinados de una á otra parte sin poder valerse; pero cayó segundo diluvio que los puso en mayor conflicto. Comenzaron á tirarles grandes ollas de agua hirviendo, espuelas de ceniza, basura, cantos, tronchos, arena de fregar, tejas, ladrillos, leños encendidos, agua fuerte, polvos de juanes, pajuelas ardiendo, aceite frito, trementina caliente, pez y rescoldo. No era fácil resistir á tan horrible fuerza: dieron á huir hacia la puerta, pues la necesidad no permitía otra cosa; el ejército de Apolo se abrió en dos columnas para que dejándoles la salida libre y asegurado el palacio, se les pudiese cargar después en la retirada; y así que los vieron fuera, salieron detrás el conde de Rebolledo y D. Diego de Mendoza con una partida ligera á seguir el alcance, y otros cuerpos pequeños se iban apostando por todos los caminos y sendas

del Parnaso, que absolutamente ignoraban los enemigos.

En estas y estotras ya era de noche: la obscuridad, el cansancio, los golpes recibidos, el miedo, la prisa que llevaban, y sobre todo, el no tener conocimiento alguno del terreno por donde iban, eran todas circunstancias fatales que aumentaban la desgracia de los fugitivos.

Mercurio y los suyos les decían que se rindiesen, como algunos de ellos lo habían hecho (incluso el embajador tuerto, que le acababan de sacar medio descaderado de una zanja), porque si adelante seguían, perderían todos sin remedio. Pero si, ya estaban ellos en estado de venirse á buenas: correr que te correrás como galgos, saltar peñascos, atrabancar malezas, y no dar oídos á cuanto les decían: esto fué lo que hicieron, hasta que llegándose á encarrilar la mayor parte de ellos por unas breñas escarpadas y altísimas, á breve rato comenzaron á rodar por ellas agarrados unos á otros, y dando aullidos se precipitaron en una gran laguna, que está al pie de aquellos peñascos, y se forma de las vertientes de Castalia.

Los pocos que andaban descarriados por varios andurriales libraron mejor, porque cayeron en manos de los de Apolo: recibieron todo agasajo y buena asistencia; se les cataron las heridas, y fueron tratados con más amor que su ignorancia y soberbia merecieron.

Apolo, Mercurio, las Musas, los poetas buenos, y todos los de casa no se hartaban

de dar gracias al cielo por tan feliz victoria; despacháronse extraordinarios á todas partes con aviso de lo ocurrido en aquel tremendo día; y en ocho que duraron las fiestas quedó Timbreo casi pereciendo, porque el gasto de bollos, bizcochos, conservas, bebidas heladas y chocolate ascendió á más de lo que puede sufrir el bolsillo de un dios que protege la buena poesía.

Después de pasado el turbión de visitas y enhorabuenas, se trató de lo que convenría hacer con los vencidos. Cascales, Cervantes y Luán se encargaron de examinarlos separadamente, para ver á cuántas estaban de locura; y en vista del informe que presentaron estos jueces, se mandó que algunos de ellos, después de habérseles dado una buena reprimenda, se restituyesen á sus casas, con pasaporte para todos los registros del Parnaso, y sendas cestillas en que se les puso su ración de pan, queso y pasas, y á los más contitos, por vía de ayuda de costa, repartieron las caritativas Musas de propio caudal unos cuantos maravedises.

A los restantes (incluso el tuerto), que á juicio de los examinadores eran incurables, los encerraron en las jaulas de los locos, donde hoy se hallan tan en cueros como siempre y tan sabios como su madre los parió.

POESÍAS SUELTAS

LECCIÓN POÉTICA

SATIRA CONTRA LOS VICIOS INTRODUCIDOS
EN LA POESÍA CASTELLANA

Apenas, Fabio, lo que dices creo,
Y leyendo tu carta cada día,
Más me confunde cuanto más la leo.

¿Piensas que esto que llaman poesía,
Cuyos primores se encarecen tanto,
Es cosa de juguete ó fruslería?

¿Ó que puede adquirirse el numen santo
Del dios de Delo á modo de escalada,
Ó por combinación ó por encanto?

Si en las escuelas no aprendiste nada,
Si en poder de aquel dómine pedante
Tu banda siempre fué la desgraciada,

¿Por qué seguir procuras adelante?
Un arado, una azada, un escardillo
Para quien eres tú fuera bastante.

De cólera te pones amarillo:
Las verdades te amargan, ya lo advierto,
No quieres consultor franco y sencillo.

Pues hablemos en paz; que es desacierto
Desengañar al que el error desea:
Vaya por donde va, derecho ó tuerto.

Digote, en fin, que es admirable idea